

“EL ALCALDE”

UNO DE LOS CUENTOS DE HUGO EDUARDO DÍAZ , INCLUIDO EN EL LIBRO “ MANIFIESTO IRREVERENTE Y OTROS RELATOS” DEL MISMO AUTOR.

La muchedumbre escucha atentamente al líder del pueblo. Hombres y mujeres, jóvenes y viejos, modestamente vestidos, algunos con visibles y profundas arrugas en sus rostros, maltratados por el sol, el polvo salino y el viento desértico, prestan atención a al alcalde del pueblo. Casi vitalicio, había sido elegido desde la primera elección democrática, cuando fue derrotado el dictador del país. El hombre macizo, gordiflón por la edad, ex deportista en su juventud, inculto pero astuto y oportunista, manipulador innato, mal genio y violento cuando se le contradecían sus opiniones, temido por muchos, odiado por algunos y quizás querido por el resto. Con todas esas dotes se había convertido en el amo y señor del pueblo. Procedente de una familia auténticamente de clase media acomodada, gozó en su juventud de los privilegios que dan la tranquilidad económica y el prestigio social de sus padres. Había estudiado a medias en el más cotizado colegio de su pueblo y convivido por lo tanto con toda la juventud que ostentaban sus buenas vestimentas, sus holguras, desenfados y alegrías bulliciosas del vivir propia de los jóvenes de esa clase social.

Los pobladores de ese pequeño pueblo eran casi todos los sucesores de los campesinos con añejos olores a buey, a pasto y a bosta, radicados desde fines del siglo XIX en las minas del desierto atraídos por los grandes acarreos de trabajadores que se realizaban desde los campos del sur para surtir de mano de obra a las empresas mineras nortinas. Estos trabajadores agrícolas, inquilinos en su gran mayoría analfabetos, que se vieron forzados a cambiar su azadón y sus ojotas por la pesada pala minera y por los gruesos bototos de cuero, con el tiempo constituyeron la

gran fuerza de trabajo de las minas y el origen de los futuros pobladores de los pueblos de la región. La nostalgia y añoranza de los paisajes campestres, de bosques y montañas y el fuerte contraste con la desolación del desierto, influyó para que esta gente fuera presa de una melancolía profunda solamente soslayada por la efímera alegría que produce el licor. Muchos de los pobladores eran descendientes también de veteranos de guerra, traídos desde el sur del país, como contingente militar de un largo y victorioso conflicto bélico con un país vecino, arrebatándole a éste, como botín, el territorio donde se asentaba este pueblito.

Por lo tanto, cohabitaban aquí la población vencida, humillada, y la vencedora, soportando ambas el despotismo y la prepotencia de los nuevos propietarios del pueblo, generalmente influyentes personajes del arrogante y soberbio bando vencedor y también del vencido ahora resignado, oportunista e inmoral y la variada gama de extranjeros europeos de todas las estofas. Los ex campesinos, ahora mineros, si con el paso de los años aún seguían con vida, o sus hijos y nietos, conformaban la población mayoritaria del pueblo, eran aquellos que tapizaban con su presencia las vistosas y folclóricas fiestas religiosas, paganas y cristianas, muy comunes en esa parte del país. Tiempo después, al ser afectado el país por una gran crisis económica, las empresas mineras extranjeras abandonaron el pueblo con la consiguiente cesantía masiva y sus secuelas, lo cual forzó a la gran mayoría a retomar la hoz en los fundos del sur. Los que no pudieron o no quisieron dejar el sol, el desierto y las minas nostálgicamente recordarían el tiempo dorado del trabajo abundante, aunque tolerando la explotación y el trato vejatorio de las empresas mineras extranjeras.

La otra parte de la población la constituía la autodenominada clase media, los empleados públicos y de los establecimientos comerciales, industriales y mineros, de propiedad de todo tipo de extranjeros de diferentes calañas, los privilegiados que desempeñaban trabajos limpios, vestidos con ternos y corbata, avecindados en el pueblo en el tiempo del

apogeo económico y que posteriormente de empleados algunos se convirtieron en poderosos dueños de grandes extensiones de territorios, comerciantes e industriales . Los extranjeros y su descendencia con su poder se fueron transformando en la élite social y rectora de todas las actividades de esa comunidad, conjuntamente con la influencia eclesiástica..

En sus activos estaban los periódicos, las emisoras, los diversos y exclusivos clubes sociales, los cargos de regidores, alcaldes, diputados, directores de empresas estatales, representantes gubernamentales, directores de los colegios, gerencias de las grandes empresas del transporte, de la minería, de la pesca, etc. etc., los cuales constituyen en la actualidad la aristocracia de ese pequeño pueblo. El pueblo auténtico, el obrero minero y su descendencia, probablemente por el enclaustramiento y estrechez cultural mediática, premeditadamente impulsada por el sector dominante, facilitó la conformación de un tipo especial de gente, muy amante de su terruño, inculta y orgullosa de la historia oficial enseñada en los colegios, pero sumisos, pacíficos, respetuosos y temerosos de la ley, de la iglesia y del patrón. Todo lo anterior, favorecido además por la lejanía con los grandes centros económicos y políticos del país y el aislamiento de este pueblo entre el mar y el desierto, a dos mil kilómetros de la capital del país. No obstante, son belicosos entre ellos cuando beben y están convencidos del mito de su capacidad boxeril. El señor alcalde, muy famoso por reunir varias de estas cualidades y defectos, frecuente ofrecedor de bofetadas, se ha ganado un buen prestigio en este campo, además de poseer cuando se enoja un lenguaje vulgar y grosero.

Y, ahí está el señor alcalde, hablándole a la gente, gesticulador y furioso, frente a un Mausoleo construido en el cementerio del pueblo, en cuyo frontis se esculpió la prometedora frase “Para que nunca Más”. Todos recuerdan emocionados, con presencia de los numerosos sobrevivientes, una fecha significativa de los masacrados en un Campo de Concentración de Prisioneros Políticos que funcionó en un pueblo

vecino durante una larga y cruel dictadura militar, hace algunos años, cuyos cuerpos mutilados fueron sepultados en este recinto recordatorio.

Este acto lo aprovecha el señor alcalde como una gran oportunidad para lucir su solidaridad con los sobrevivientes del Campo, muchos de ellos sus incondicionales y, algunos, amigos desde la juventud.. Esta calculada actitud asumida por el edil tiene por finalidad impactar a la población que atraída por el desarrollo económico y progreso, se ha venido acercando recientemente en el pueblo con el consiguiente beneficio electoral. Este antes pequeño pueblo, luce hoy como una importante ciudad del norte del país, sin embargo, no obstante ello, continúa igual que antes dominada por la misma clase explotadora original. Con el poder de la gran votación que ha obtenido durante algunas elecciones consecutivas el señor alcalde ejerce como el gran jefe supremo del pueblo, omnipotente autoridad que se atreve ahora a reprender y a refutar públicamente hasta al propio Presidente de la República, a los senadores y diputados y a cuanta autoridad se le ponga al frente. En el pueblo, quien caiga en desgracia con el señor alcalde, debe soportar la discriminación, el aislamiento y la exclusión, prefiriendo muchos abandonar el pueblo ante tal situación.

El señor alcalde ambicioso político, con pretensiones de ser senador, o quizás presidente de su país, se bate en todo terreno contra moros y cristianos, con tal de mantenerse en el poder.

Como sucede siempre en sociedades cerradas y pequeñas, todos los asuntos se arreglan a lo amigo y el famoso” tráfico de influencia” es algo normal y casi aceptado por la población. Si alguien tiene un cargo de cierta influencia o es amigo del señor alcalde, tiene una gran oportunidad para ubicar a toda su parentela en la lista de funcionarios de la administración pública o en la actividad privada, conformándose una poderosa red comunicacional y de apoyo casi indestructible. Siendo el interés individualista de la condición humana más fuerte que las

hipócritas consignas políticas, esta red es permeable para todo aquél que favorezca los intereses comunes de quienes se sustentan de ella, sin importar principios, dignidad y, en general, posiciones políticas. Para un afuerino recién llegado a este aún pueblito, sería una tarea imposible llegar a conocer la esencia de quién es quién en esta intrincada maraña de discursos, de promesas y deseos de bienestar popular. Desde el más acérrimo defensor y cómplice de las represiones y aberraciones contra la población ocurrida recientemente hasta los victimados y perjudicados por estos hechos, hablan casi el mismo lenguaje concerniente a lograr la justicia social, el bienestar económico para todos, al perdón, la igualdad ante ley, reforzar la democracia, luchar contra pobreza, etc. etc. Pero, por los rincones de ese pueblo, como parias, rondan aquellos que fueron humillados, torturados, exonerados de sus trabajos, y que hasta ahora son excluidos de toda representación y actividad.

El maquiavelismo practicado, quizás intuitivamente por la escasa cultura de esta clase rectora del pueblo, y talvez surgido como una raro muro de sobre vivencia, esta gente que ostenta el poder se está sumiendo en un desorden mental que la población capta y sonríe por ésto maliciosamente.

Siempre se ha pensado que para ser un líder político, en la lucha por el poder, se requiere poseer una buena contextura física, ya que en esta actividad los discursos y buenas maneras son solamente para la publicidad, pues tras la escena respetuosa está la más encarnizada lucha donde todos los medios son valederos con tal de derrotar al contrincante. El que carece de esta fortaleza corporal debe tener un buen equipo de guardaespaldas o de lo contrario será vencido en la calle en una reyerta cualquiera y por cualquiera. Por esto, el señor alcalde, además de su corpulencia, tenía un numeroso cuerpo de defensa compuesto por sus adeptos populares e incondicionales, pero previa una respectiva y justa retribución.

El señor alcalde con su mano derecha encallecida, no de trabajar, sino de tanta estrecharla con ateos y cristianos, con obreros y empresarios, con judíos y palestinos, con fascistas y comunistas, con generales y sargentos, con jóvenes y ancianos, etc., etc., estaba en la cumbre del poder en su querido pueblo. Era amigo y benefactor de todos.

Sus discursos eran una serie de contradicciones que nadie entendía, pero todos escuchaban sus palabras con un disimulado sobresalto. Tras él estaban todos, ya sea por convicción o por conveniencia, pero todos, también, lo alababan o lo criticaban a sus espaldas, según si lograban entender algo de sus eclécticas y confusas alocuciones o decisiones.

Él como un mago fundía en una sola amalgama el socialismo marxista con el fascismo; la ambición y el interés egoísta empresarial con el beneficio de la clase popular; la guerra capitalista con el fervor patriótico de los explotados; el marxismo con el catolicismo; el nacionalismo militarista con la globalización; el internacionalismo de la clase trabajadora y el nacionalismo capitalistas de los empresarios; el “folclor nacional” con el rok and roll y la música caribeña; el sistema de economía de mercado y la planificación económica centralizada; la privatización de las empresas públicas y la potenciación del estado., etc., etc.. Para el señor alcalde todo era posible de unificar para el buen provecho, según afirmaba, de su pueblo querido.

Economistas, abogados, sociólogos, antropólogos, médicos, periodistas, arquitectos, etc., casi todos forasteros y recientemente llegados al pueblo, quedaban mentalmente a la intemperie, cuando el señor alcalde defendía sus grandes proyectos para modernizar su ciudad. Todo como un gesto demostrativo de democracia, pues tenía bajo sus pies la corte de regidores que solamente con una señal de él, levantaban presurosos sus brazos para conformar la mayoría en las sesiones de concejales.

Las señoras de las poblaciones ante la carencia de algún medicamento, pasaje, enfermedad, necesidad por mínima que fuera acudían donde el señor alcalde, quien todo lo solucionaba con donaciones de todo tipo, por lo cual en épocas de elecciones el pueblo era cubierto de banderas con la imagen y el nombre del señor alcalde. Nadie podía vencerlo, fuera el contendor de extrema derecha, de derecha, de centro derecha, de centro izquierda, de centro centro, de extrema izquierda, de izquierda, o de todas las otras denominaciones, incluso aquella marginada y excluida por todas las anteriores por considerarla pasada de moda y obsoleta en las ahora modernas teorías políticas.

El señor alcalde con tal poderío ya se palmoteaba con los arrogantes generales y almirantes de la guarnición militar del pueblo, chico pero grande en fervor patriótico y poderoso guardián del territorio arrebatado al país vecino. El en persona y como autoridad máxima del pueblo con paso casi militar revisaba las tropas y era objeto de rendición de honores militares en los desfiles de las tropas conmemorando el aniversario de alguna acción de guerra patriótica. Frecuentemente era visto fotografiado ya en un navío de guerra; ya en el desierto oteando el horizonte como un Rommel o ya montado en un avión supersónico con antiparras de halcón de los cielos.

Con la astucia que lo llevó al poder y con la ambición de traspasar su fama fuera de las fronteras de su pueblito, adulaba a los viejecitos sobrevivientes de la explotación de las minas nombrándolos “Hijos Ilustres”; cambiaba el nombre de las calles según lo que su mentalidad maquiavélica le indicaba, fuera quien fuera el personaje homenajeado, con tal que esta decisión engrandeciera su imagen. Sus viajes fuera del país para asistir a congresos internacionales de alcaldes para fomentar la unidad latinoamericana, de comercio internacional, de turismo, de relaciones públicas, culturales, etc., con su numerosa comitiva de sus incondicionales eran tan frecuentes como el del Ministro de Relaciones Exteriores de la Nación. Publicitaba a su pueblo como el más culto de las

Américas con pasión y prometía que lo transformaría en la cuna del saber de esta parte del continente..

El nombre y el rostro bonachón del señor alcalde estaba en los colegios, cuarteles, hospitales, cárceles, en las calles, en las plazas, en las murallas, en fin, en todas partes y lugar. Su presencia era vista como por milagro en cualquier rincón del pueblo conversando con la gente, convenciendo, alegando, reprobando y sobre todo sonriendo pícaramente.

En la capital del país, un inquieto periodista , moderno, inquieto y curioso, conoce el caso de un desconocido pueblo cuyas autoridades se habían atrevido a desafiar el poder político central amenazando con convertirse en provincia independiente y soberana si no le aumentaban el presupuesto en relación al aporte al erario nacional con que éste contribuía. Como un caso único en la historia del país o quizás del mundo, se propuso investigar y a lo mejor convertirse en corresponsal de guerra.

Este desafío descabellado y ridículo, causó risa, pero también preocupación, en las autoridades nacionales, especialmente en las fuerzas armadas.

El asunto publicitado y divulgado por radio y televisión se prestó para chistes y sainetes de todo tipo. Todos pensaban que era una quijotada del alcalde del pueblo rebelado con el fin de llamar la atención hacia su poderosa persona. Pero en realidad no era una broma ni el señor alcalde estaba con ánimo de hacerla. El amaba a su pueblito y estaba dispuesto a todo con tal que se le respetara. Con sus seguidores y asesores ya tenían elegidos los colores y el emblema patrio con que saldrían a la calle a vociferar sus demandas pueblerinas. Era el inicio de la guerra de la independencia, por la autodeterminación de los pueblos. El gobierno ordenó a sus fuerzas armadas acantonadas en el pueblo el

acuartelamiento en primer grado y establecer el estado de sitio y nombró a un general como Jefe de Plaza y autoridad máxima del pueblo.

El alcalde tozudo como era, dispuso a sus seguidores y adherentes populares organizarse y entrar a la clandestinidad. Designada la casa de seguridad y de mando superior, la plana mayor de su organización decidió evitar la lucha frontal con las fuerza armadas, ya que carecían de conocimientos militares, de armas, de municiones, de todo lo necesario para librar una batalla decididora del futuro del pueblo y optaron por la resistencia pacífica, a lo Ghandi. El objetivo planteado era lograr el aumento en un cincuenta por ciento el presupuesto estatal para el pueblo o en caso contrario levantarían la bandera de la independencia y audeterminación, con apoyo seguro de las Naciones Unidas.

El alcalde transformado en jefe de la insurrección, en un rebelde y barbudo a lo Fidel Castro, disfrazado como lo hacía Manuel Rodríguez visitaba las casas alentando a la gente a no flaquear, a abastecerse de víveres, apoyar el paro total e indefinido de labores e ir confeccionando artesanalmente la nueva bandera patria del pueblo. .

El gobierno ordenó reabrir de nuevo el lúgubre campo de concentración de prisioneros políticos para trasladar a los pobladores que ya habían sido detenidos y que se encontraban recluidos en el regimiento del pueblo. Por el arrastre y simpatía que gozaba el alcalde, el pueblo entero se encontraba clandestino. Todos usaban chapas y sobrenombres, para ocultar sus misiones de inteligencia.. Todos se conocían, pero ahora, el asunto era diferente: nadie conocía a nadie. Esa era la orden emitida.

La actitud policial y militar era por el momento suave, casi condescendiente y risueña. Y no era para menos. El asunto era para la risa. Un pueblo casi desconocido, levantando bandera de independencia, incluso con amenaza de un posible apoyo de países vecinos.

Poco a poco las cosas se fueron poniendo cada día más serias. Las radios pregonaban los bandos donde las fuerzas armadas requerían la presencia en la guarnición del alcalde del pueblo y sus colaboradores, identificando a cada uno de ellos. Advertían que en caso de que dentro de las cuarenta y ocho horas siguientes no obedecieran, serían ejecutados en el acto donde fueren encontrados. Esto último era en serio, no era una jugarreta, así lo pensó el señor alcalde cuando se impuso de la noticia.

El locutor de la emisora más escuchada en el pueblo, popularísimo por su irreverencia y procacidad, adversario político acérrimo del señor alcalde, pero unido a él por el cariño a su tierra, pues para ambos su pueblo era la razón de sus vidas, comentaba radialmente lo sucesos minutos a minutos, disimulando la gran simpatía que sentía por la heroica decisión tomada por el alcalde.

El locutor, patriotero y amador de los símbolos patrios, habiendo sido un ardiente partidario del dictador que sometió al país por un largo período a la férrea disciplina militar gozaba, como antes, de fuero y libertad absoluta en el pueblo, por decisión de las autoridades militares de excluirlo de la lista de sospechosos de traición a la Patria. Exaltado opositor al gobierno democrático usaba toda su verborrea contra éste, con la esperanza de un posible retorno de un gobierno de sus patrones. No obstante, dando muestras de su complejidad mental y confiado en su inmunidad había hecho contactos con sus amigos sublevados, para cooperar a coordinar las futuras acciones que se realizarían, todo por el bien de su amado pueblito. El locutor, locuaz e intuitivo, usaba toda su maquiavélica astucia para lograr que sus comentarios fueran bien interpretados tanto por el bando del alcalde y sus secuaces como por el del general y sus soldados.

Los numerosos y selectos clubes sociales de los extranjeros, sus hijos y parientes, propietarios de casi todos los bienes del pueblo se organizaron para defender hasta con sus vidas los símbolos patrios traicionado por

el populacho. La directiva, como un estado mayor de la resistencia civil, con sospechosos brazaletes e insignias , lucían gallardos los colores distintivos de la nación, exigiendo al locutor llamar a sus simpatizantes a unirse a la Legión Patriótica para detener el avance de las posiciones que manchaban la bandera y los valores patrios.

El pueblo sitiado por todos sus costados por las fuerzas militares y la Legión Patriótica Civil, estaba destinado a sucumbir con su alcalde a la cabeza.

Los servicios de inteligencia militar, con apoyo de informantes civiles de la Legión Patriótica Civil, lograron penetrar la organización clandestina edilicia y popular, tomando prisioneros a varios cabecillas muy cercanos al alcalde. Interrogados con apremios ilegítimos y atentatorios contra los derechos humanos, demacrados y malheridos, son transportados en un camión blindado del ejército fuertemente custodiados hacia el ya tradicional y ampliamente conocido Campo de Concentración, para someterlo a proceso por infracción a la Ley de Defensa a la Democracia y su ley modificatoria, renovada, actualizada y modernizada, la Ley de Seguridad Interior del Estado.

Después de varios días de asedio a la población y éxitos de los servicios de inteligencia militar y civil, el Campo de Concentración reúne a casi la mitad de los habitantes del pueblito revolucionario y subversivo.

La milagrosa hazaña del señor alcalde había tenido sus frutos, pues había conseguido la unificación de todas las tendencias políticas al servicio del bienestar del pueblo, desde la más furibunda extrema izquierda hasta la siempre temida ultra derecha, pasando por los equilibrados, cerebrales y maestros en estas lides, los comunistas, ahora camuflados.. Fumando sus escasos puchos, filosofando y platicando estaban todos haciendo la unidad, mientras gozaban del sol durante los escasos diez minutos que eran sacados de las celdas del Campo, tantas

veces ocupadas y regadas con sangre. .

Los reclusos, rotulados como prisioneros de guerra, todos trabajadores y hombres honestos, desde los derechista y fascistas, pasando por la gran variedad de devotos cristianos, hasta los revoltosos extremistas de izquierda, han comprendidos cuán engañados estaban y forman un frente común de defensa y apoyo mutuo dentro de la prisión militar. Con desafíos musicales y corales se atreven a cantar todos las emocionantes estrofas de la canción “ Libre”; al otro día entonan, todos al unísono, “ La Marsellesa”; al tercer día, “ La Internacional”; al cuarto día “ El Venceremos”; al quinto día la marcial y germánica “ Lily Marlen”, etc. , todas cantadas con fervor y pasión, hasta cuando la voz del comandante del Campo, prohibió terminantemente emitir ni siquiera un murmullo musical, bajo pena de colocar al sol durante tres días , desnudo y con vigilancia, al o a los que infringieran la orden

Los infructuosos allanamientos domiciliarios, casa por casa, en busca del alcalde y sus principales asesores, no habían tenido éxito, hasta ahora. La prensa anunciaba todos los días la lista de los nombres de lo sublevados que ya habían sido detenidos y trasladados al Campo de Concentración. Mientras tanto el locutor anunciaba por su emisora radial las medidas dispuestas por el Jefe de Militar de la Plaza para asegurar el orden y la tranquilidad del pueblo, durante la manifestación popular que realizaría el resto del pueblo que aún permanecía en libertad, según los panfletos distribuidos durante la noche por los sediciosos.

El Poder Ejecutivo y el Parlamento del país, elegidos democráticamente después de la dictadura militar, estaban siendo acusados por los organismos internacionales de Derechos Humanos de utilizar métodos semejantes a los que tan arduamente habían combatidos algunos años atrás y los instaron a detener los desenfrenos y crueldades que se estaban cometiendo contra la población del pueblo sublevado. Terminaba el reclamo internacional aduciendo que nada justificaba la

opresión, la tortura y el asesinato de los habitantes de una comunidad, por muy insolente, desafiante y desorbitadas sean sus peticiones.

A los días después, el pueblo era recorrido por una numerosa comitiva de unos señores rubios y altos y bellas damas de ojos verde, con unas grandes cámaras de televisión y fotográficas .Eran miembros de la Cruz Roja Internacional y de Anmisty International y periodistas del periódico francés “ Liberación”, del periódico español” El País”, y otros .

Hacia un mes desde el inicio del alzamiento popular y ya el nombre del pueblo era conocido por todo el mundo y el rostro del alcalde aparecía a diario en casi todas las cadenas de televisión del mundo y en las primeras planas de la prensa escrita internacional. Las compañías telefónicas y de Internet del país debido a la gran demanda de sus servicios internacionales, optaron por rebajar los precios desde y hacia el extranjero.

La prensa nacional por otra lado presentaba como noticia principal y en primera plana en sus matutinos la foto del Gran Capitán del equipo albo y popular derrotados por tres goles a dos, perdiendo la opción de participar en la Copa Libertadores de América y en la última página una pequeña fotografía del alcalde de un pueblito del norte que estaba siendo buscado por la policía por haber sido sometido a proceso por malversación de fondos, por negligencia en el cumplimiento de sus deberes y por infracción a la Ley de Seguridad del Estado. Las radios capitalinas y la T.V. seguían con sus programa habituales de tarot, adivinanzas, entrevistas sobre el pensamiento y vida cotidiana de personajes de la farándula y la promoción de los últimos temas grabados por los cantantes de moda.

Como los hombres de valor que luchan por sus principios no son inmunes a los martirios y tormentos, éstos en estas cruciales circunstancias

pueden gemir, pero mueren sin doblegarse, pero como la mayoría carecen de estas virtudes en momentos similares sus dolores son biológicamente tan insoportables que su cerebro deja de funcionarle y el instinto de conservación les hace doblar sus rodillas para mitigar su padecimiento, ignorando dignidad, orgullo y honor. Todos estos valores tan preciados en esos momentos no valen nada, quedando el inconsciente de esos hombres estigmatizados hasta su muerte. Queda el consuelo de saber que el valor verdadero lo poseen solamente algunos afortunados, pues la gran mayoría es presa de su condición humana y de su instinto primitivo de conservación. Por estas consideraciones, siendo algunos seguidores del alcalde mortales comunes y corrientes, sucumbieron a los apremios y sufrimientos infligidos en el Campo y delataron el escondite donde se encontraba su jefe.

El comandante del piquete militar mientras alistaba a la tropa para el allanamiento del lugar donde se refugiaba el alcalde, recordaba risueño lo dicho, años atrás, por su querido ex Comandante en Jefe y hoy jubilado como ex Presidente de la República : “ Matando a la perra, se atrapa la leva”.

Las altas autoridades del país inicialmente trataron este curioso levantamiento popular como un suceso quijotesco que fundamentadamente motivada risas a todos los serios estamentos de la nación y le dieron el tratamiento mediático de un incidente aislado que sería útil para alegrar un poco a la población. Pero con el paso de los días, al comprobar la disposición de combate y el arrojo de todo el pueblo unido contra el poder estatal , la presión y la publicidad internacional y la necesaria apertura del Campo de Concentración de Piragua, mundialmente conocido como recinto masivo de torturas durante el régimen militar, estaba lesionando las relaciones diplomáticas y comerciales internacionales, por lo que el Presidente de la nación , considerado por la derecha como “ un buen hombre”, según la prensa había decidido discutir el asunto con el Consejo de Seguridad Nacional,

con el Ministro de Defensa Nacional y con los organismos de Inteligencia.

El verdadero problema que tenían los altos mandos nacionales era que prácticamente la mitad del pueblo amotinado estaba detenido en el Campo. El resto al parecer estaba dispuesto también a ser detenido, por lo que, según las últimas informaciones fidedignas, las calles del pueblecillo se veían solitarias y desiertas, solamente estaban quedando las mujeres y los niños, que aunque parezca increíble, también se arriesgaban a pintar las murallas con consignas y lanzaban panfletos a la cara de los militares patrulleros.

Los señores asesores internacionales de la Cía. Ltda. temían recomendar tomar medidas extremas, por el momento, como provocar en el pueblo una epidemia mortal, pero muy bien controlada, ya que acceder a peticiones con presiones de fuerza sería un desprestigio y a la vez provocaría una seguidilla de rebeliones parecidas en otros lugares, especialmente en la zona de los mapuches, en la zona rural de Bolivia, de Perú, Ecuador, Colombia, Brasil, etc. Sería el principio del fin del sistema que tantos goces y bienestar a traído a los americanos.

El Gobierno democrático, después de un científico y concienzudo análisis efectuado por renombrados sociólogos, afamados analistas políticos, psicólogos sociales, etc., rechazó diplomáticamente los consejos de los asesores extranjeros y optaron por decisiones un poco más humanitarias, conforme a los principios profundamente democráticos que guiaban su acción gubernamental. Se acordó entregar la responsabilidad de la estrategia, táctica y métodos a aplicar a las experimentadas Fuerzas Armadas, ya que se consideró que poseían amplia experiencia en estas materias y aseguraban un pronto y un feliz término al conflicto suscitado. Todos con su conciencia tranquila, se retiraron de la reunión haciendo comentarios jocosos de la enojosa actitud de esos pobres pobladores.

En la punta norte del país, los comandos de asalto, con sus caras pintarrajeadas, equipados con fusiles con mira de rayos láser, granadas, chalecos anti balas, etc. se lanzaban al ataque contra la casa donde se presumía se encontraba el líder de la revuelta. Sin resistencia armada, pero con una vigorosa y valiente oposición, dominado, pero no vencido, el señor alcalde fue conducido al Campo de Concentración de Prisioneros, junto con otros personajes principales de su lucha.

Lanzado a una de las celdas especiales de aislamiento, ocupada solamente por los que serían ajusticiados, el alcalde preparaba su discurso de despedida de sus amigos y camaradas. Estaba dispuesto a morir como había vivido, como un líder, como un guía de hombres, como un benefactor de su pueblo querido. Moriría feliz, sin dolor, con cinco o talvez diez balas atravesándole el corazón. Centenas de pobladores ya habían ocupados esas celdas y ya yacían momificándose bajo las arenas ardientes y salinas del desierto en tiempos de la dictadura militar. El, pensaba, no era el primero ni jamás sería el último. Su mente bullía de satisfacción al percibir de la gran oportunidad que tendría de demostrar al país y al mundo que todavía quedaban hombres dignos.

En la capital la confusión era general en las autoridades de Gobierno. Todos, o casi todos, habían sido los más fogosos e intransigentes dirigentes de la cúpula revolucionaria para derrocar al dictador que había hecho trizas la democracia, sembrando el terror institucionalizado, creando campos de concentración, recintos de torturas, etc. Hasta que cayó y llegó el feliz día de la alegría, de la libertad y de la democracia. Todos saltaban y cantaban de felicidad, asegurando que “Nunca más” la nación volvería a ser presa de tantas penurias. La angustia que aquejaba a estos ex-revolucionarios, no era el problema militar, sino el qué hacer con esta gente que estaba dispuesta a autoinmolarse con tal de defender su pueblo y sus derechos. Era un problema de conciencia para aquellos que aún la poseían. Todos, unos más otros menos, pero todos habían sido o eran rabiosos anticomunistas, quienes unidos y de taquito”

habían derrotado al movimiento comunista, y ahora, quieran o no quieran estaban obligado por mandato internacional a seguir hostigando a los sobrevivientes del exterminio físico e ideológico, so pena de sufrir, como país, la exclusión de las naciones que conforman el “ mundo libre”. El Ministro del Interior, hombre cerebral y cauto, fiel representante del Presidente de la República, ambos cautivos en esta disyuntiva, con una sabia y secreta simpatía por esos hombres perseguidos por el mundo y sospechando que tras la caricatura revolucionaria ocurrida en ese insignificante y mísero pueblito del norte se escondía esa ideología fantasma e invisible tan odiada , decidieron investigar todos los antecedentes familiares, políticos, psicológicos, etc. del sospechoso numero uno : el famoso alcalde del pueblo.

Igual pesquisa se haría de los principales asesores y cercanos a este personaje que tantos problemas le estaba ocasionado al país. En todo caso, tenían a la mano la opción fácil de acusar al alcalde, a sus seguidores y al pueblo de comunistas y lograrían prestigio en la comunidad internacional y beneficios económicos adicionales de la gran potencia del Norte.

En caso de decidirse por una solución de este tipo, el Ministerio de Relaciones Exteriores tendría un arduo trabajo para ubicar refugio político en Europa a todo un pueblo, pues las cárceles no alcanzarían para tal cantidad de presos políticos.

Según las informaciones confidenciales reunidas por el Centro Nacional de Informaciones y entregadas al Presidente de la República, casi el 90 por ciento de los hombres adultos estaban detenidos en el Campo de Concentración y constituían casi el cincuenta por ciento del total de la población del pueblo, por lo tanto solamente quedaban libres las mujeres y los niños, quienes trabajaban descaradamente repartiendo panfletos , rayando muralla y haciendo huelgas de hambre.

Seguía la información, diciendo que se encontraban detenidos en el Campo líderes de ultra derecha de la famosa secta “Patriotismo Libertario”; miembros del Movimiento Lautarin; dirigentes devotos de la Congregación Virgen del Santuario; ex dirigentes del fenecido y hoy desaparecido Partido Comunista; dirigentes nazis del Partido Nacional Socialista Auténtico; miembros connotados del Ejército de Liberación del Pueblo; miembros de la Iglesia de los Santos de los Primeros Días.; miembros de la Iglesia Luterana Alemana.; miembros y dirigentes del Partido Socialista 24 Congreso; miembros del Partido Socialista Popular; miembros de 17 facciones del Partido Socialista; miembros del Partido Radicalísimo: ex dirigentes del Movimiento de Izquierda Antirevolucionaria , miembros del Club de Tigres y del Rotary Sede, además de un gran número de detenidos pertenecientes a la clase empresarial. En suma, según conclusión de los Servicios de Inteligencia, en la sublevación popular estaba participando con fanatismo el 98.9 por ciento de la población.

El Presidente de la República y el Ministro del Interior se afirmaban la cabeza con las dos manos, ante tal increíble situación. En su sorpresa se acordaban de Hitler, el que había logrado unir a moros y cristianos, a ricos industriales y modestos trabajadores, para conseguir un fin común. También, como hombres cultos que eran, recordaron la historia de la Iglesia Católica en los años 400, cuando los reyes, emperadores y nobles preveían no poder derrotar a los millones de pobres del mundo atrapados en la fe cristiana y optaron seguir el sabio consejo de un filósofo que pregonaba “ Si no puedes vencerlos , únete a ellos.” y se hicieron cristianos, para desgracia de todos , conquistando el poder por la cúpula sin derramar una gota de sangre, coronaron a su Emperador con el nombre de Papa, hasta el día de hoy. Se acordaron de Napoleón, fervoroso republicano y revolucionario, cortó cabezas por miles, y después se hizo coronar emperador vitalicio del imperio que había conquistado. Intranquilos, ambos reflexionaban sobre qué era lo que había unido a toda una modesta población en el norte del territorio

nacional con tal convencimiento y decisión. Por el momento era un enigma.

Los analistas políticos de todas las tendencias aplicaban sus métodos científicos para explicar por todos los medios de comunicación sus razonamientos sobre las causas y consecuencias de los hechos que estaban alterando la tranquilidad de los inversionistas y de los estamentos financieros y bancarios de la nación.

Uno de ellos, culpaba al exceso de libertad que se le estaba otorgando al pueblo permitiéndole el uso desenfrenado y sin restricción de los avances tecnológicos, como el Internet, la TV por cable, los celulares, la peligrosa tendencia al excesivo respeto a los Derechos Humanos, etc., todo como consecuencia de la globalización y de la excesiva profundización de la democracia. Hacían especial mención de la exagerada e inconveniente libertad de expresión que se estaba otorgando a la ciudadanía. En suma, aducían, que ya no era posible ocultar la verdad, los hechos ni los conocimientos, porque estaba llegando a su fin la ignorancia popular, gracias, precisamente al desarrollo tecnológico, a la globalización y a la democracia. Terminaban aconsejando cambiar de estrategia. Ahora había que utilizar los adelantos alcanzados para confundir, complicar y desorientar, de tal manera de transformar la verdad en mentira y la mentira en verdad, y así, dividiendo opiniones, sería fácil derrotar a los malagradecidos oponentes y gobernar sin escollos férreamente unidos por lo que se ha luchado siempre: el dinero.

Otro cientista político comentaba que, según las últimas informaciones entregadas al Gobierno, por el Servicio de Inteligencia del Comando Conjunto de las Fuerzas Armadas, se había detectado en el pueblo insurrecto un numeroso movimiento comunicacional por Internet y celulares, tanto nacional como internacional. Interceptados algunas de éstos, se había comprobado que la población estaba siendo apoyada

internacionalmente por los rebeldes mejicanos de Chiapa; por las Fuerzas Armadas de Liberación de Colombia, por el Movimiento Indigenista de Bolivia, por el Movimiento de Liberación Nacional de Venezuela, por el Movimiento de Liberación Nacional de Perú, de Nicaragua, de Brasil, de Ecuador y de Argentina. También leyó algunos E-mail del Movimiento Nacional Socialista de Alemania, apoyando el surgimiento de la lucha por el nacionalismo latino americano.

Un conocido sociólogo, con una posición clara en contra de los elegantes jerarcas de la poderosa institución católica, quizás ateo, quizás auténtico creyente, quizás marxista a su modo, quizás un revolucionario de izquierda en su juventud, pero al fin un hombre honesto y consecuente con sus pensamientos, hacía sus habituales y siempre francos comentarios en su programa dominiguero de TV, refiriéndose, esta vez, a lo que estaba sucediendo en el norte del país.

Inició su peligroso análisis por la real conformación estructural de la sociedad llamada chilena empezando por los altos mandos militares, continuando con el poder político y las autoridades gubernamentales, por los dueños del poder económico, del poder religioso y los sub poderes relacionados y subalternos a ellos, sucesivamente. Después de una larga exposición, según el sociólogo fundamentadamente, llegó a la conclusión que el verdadero pueblo chileno sufría de una amenazante falta de identidad nacional como consecuencia del largo proceso de apropiación de todos los medios económicos y culturales por parte de extranjeros avecindados en el país, con la incondicional complicidad de chilenos de la alta clase social, que en definitiva eran los dueños del país y de todos los símbolos nacionales, distorsionando y menospreciando todo lo que tenga alguna connotación originaria y auténticamente nativa y popular. Mencionando la gran cantidad de generales, almirantes y altos oficiales de las Fuerzas Armadas; a la numerosa cantidad de personalidades dueños de la banca, el comercio, la industria minera, agrícola, pesquera, de la prensa escrita y TV, etc., etc.; a la gran cantidad de sacerdotes

enquistados en cada pueblo, villa, etc.; la composición del parlamento e incluso los Presidentes de la República, la gran mayoría de origen reciente de extranjeros, lo cual colectivamente se nota en el desprecio por todo lo que huele a chileno de verdad. Si nos basamos en los nuevos descubrimientos de la genética, seguía el sociólogo, estos señores rectores de la sociedad chilena, aparte de su posición política derechista, aunque no quisieran privilegian lo externo, lo de afuera, manipulando y desdeñando los sentimientos culturales de la población autóctona. Terminaba su exposición afirmando que lo sucedido en el pequeño pueblito del norte era una potente señal de búsqueda desesperada de la gente por afirmar su identidad social, dentro del marco latinoamericano y que sería muy difícil detener este proceso natural y forzoso que estaba surgiendo en toda América Latina.

Desinformado de todo el revuelo que había causado el pueblo, el alcalde habiendo superado psicológicamente el temor de morir por su causa, sentado en el suelo en la celda de 1,5 por 2 metros, esperaba resignado el momento del interrogatorio. Sabía que muchos prisioneros no habían podido soportar los refinados y modernos métodos inquisitorios y terminaban confesando cualquier barbaridad o morían en la tortura. El no sabía cuál iba a ser su resistencia, pero se preparaba psicológicamente para hacer frente como un líder a esta prueba que se avecinaba. Todavía no tenía decidido aún que consigna iba a gritar antes de morir. Titubeaba entre la patriótica de B. O'Higgins “ Vivir con honor o morir con gloria”; o la desafiante “ Patria Libre o Morir” o también podría ser la poética y utópica “ Arriba los pobres del mundo, de pié...”. Agotado de tanto pensar y filosofar, el sueño lo estaba venciendo, aletargando, y optó inconscientemente a estirar su cuerpo sobre el helado piso de cemento de su celda para dejar su realidad aunque fuera por unos momentos.

Fue despertado abruptamente por cuatro soldados armados y conducido a un recinto extraño y desconocido para él y ubicado fuera de la cárcel. Era una gran casa, muy bien alumbrada, desde donde se

escuchaba gran bullicio. Los soldados lo dejaron en la puerta y le indicaron que entrara. Tímidamente se introdujo y pudo ver con gran sorpresa militares de alto rango, unos elegantes caballeros de civil y varios tipos de características extranjeras, bebiendo whisky alrededor de una gran mesa repleta de bandejas con carnes, mariscos, aves, vinos de varios tipos, etc. Al ver ingresar al alcalde, ojeroso y casi andrajoso, la mayoría se levantó y lo apludieron con fervor.

Dos de ellos, que al parecer era la comitiva representante del Gobierno, lo saludaron y le ofrecieron asiento cordialmente. El alcalde hambriento e inconscientemente, sin comprender qué era lo que pasaba, se dispuso a comer desesperadamente, ignorando el entorno. Al saciar su apetito, casi eructando y respirando con dificultad, observó y recién tomó conciencia con quienes estaba acompañado. Miró a sus alrededor y distinguió a varias personas rubias hablando solamente en inglés mientras lo miraban fijamente. Los representantes del Gobierno le ofrecieron un fino cigarrillo antes de iniciar el diálogo. El alcalde pensó que la comilona había sido como la última cena de los condenados a muerte, pero aunque satisfecho su estómago, pensaba en que él tenía forzosamente que ser torturado, pues de lo contrario todos sus seguidores, incluyendo los familiares de los ya fusilados y torturados, creerían que su alcalde, su líder, los había traicionado, y eso, él jamás lo permitiría. Suavemente los expertos del Gobierno, le fueron explicando que habían aceptado el aumento del 50 % del presupuesto y que por lo tanto todo había terminado. Le solicitaron, además que tratara de calmar los ánimos de la población del pueblo ya que los familiares de las víctimas serían indemnizadas por el Estado y por lo tanto era necesario perdonar y olvidar por ambos lados.

Todos en libertad, menos los muertos, el pueblo volvió lentamente a la normalidad.

Luego se formó la Agrupación de Detenidos Ejecutados y otras similares, luchando para que el Gobierno cumpliera con lo prometido respecto a las

indemnizaciones a los familiares de las víctimas de la represión, todo en forma rutinaria y tranquila.

Al tiempo después el hospital del pueblo anunció que varios niños habían ingresados con síntomas de una enfermedad desconocida. Los exámenes fueron remitidos a la capital y los expertos no pudieron determinar el diagnóstico ni el origen de la enfermedad, por lo tanto las muestras fueron enviadas a laboratorios de Europa y de los Estados Unidos.

Ya en grado de epidemia, el hospital del pueblo estaba repleto de pobladores con los síntomas de la extraña enfermedad. El alcalde y las autoridades sanitarias decretaron cuarentena, por tanto nadie podía salir ni entrar del pueblo, sin ser sometido a un riguroso examen médico. El judío, astuto político del pueblo y dueño de una funeraria tuvo que pedir un préstamo bancario para ampliar su negocio de fabricación de ataúdes. El cementerio privado, rápidamente hizo los trámites ante la Seremía de Bienes Nacionales solicitando terrenos para extender el campo santo. El sacerdote de la Iglesia también solicitó al Cardenal el envío de curas para atender la numerosa clientela que acudía por los servicios espirituales de confesión, misas, etc. Los floristas estaban en los mejores momentos comerciales de su vida. Los cortejos fúnebres ocupaban casi todas las calles, interrumpiendo el tránsito con el consiguiente enojo de los que aún estaban con vida. Con urgencia el Gobierno ordenó el uso obligado de mascarillas y máscaras, para evitar el contagio del personal médico, paramédicos y de las comisiones norteamericanas que investigaban el origen de la enfermedad mortal que estaba asolando a la población del pueblo.

Los inversionistas, los propietarios de tiendas, restaurantes, de bienes raíces, estaban vendiendo sus activos a precios nunca antes vistos. La cesantía estaba siendo subsidiada por el Gobierno central. Todo el mundo sano y sobreviviente de esta calamidad estaba abandonando el pueblo.

Los fanáticos religiosos pregonaban en la calle que el pueblo estaba siendo azotado por el castigo divino por haber caído en la soberbia y en el materialismo, habiendo abandonado la humildad y la resignación.

Al año el pueblo lucía desmantelado y abandonado. El único lugar donde había aún movimiento era en el Cementerio, donde permanecía siempre visible la consigna “ Para que nunca Más”..